

LA FUNCION DE DESPEDIDA

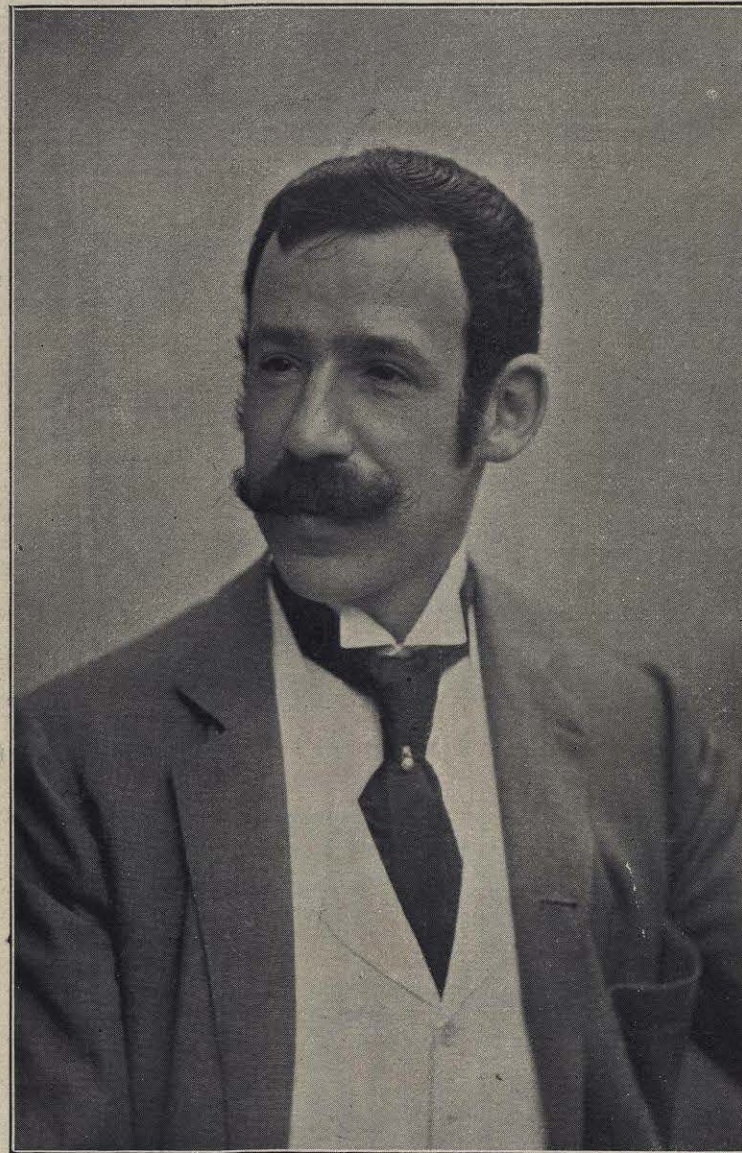
V ALIENTE temporada la que finalizaba con la función de aquella noche!

Los pobres artistas, avezados, unos más y otros menos, á los apuros y sinsabores de la vida del teatro, se habían visto pocas veces en situación semejante: empeñados hasta los ojos; debiendo tres y cuatro semanas de pupilaje los afortunados que habían caído en manos de patronas compasivas; no faltando algunos que, puestos por la suya de patitas en la calle al primer síntoma de morosidad, se veían obligados á dormir en su cuarto del teatro, sobre un montón de casacas y chambergos.

Y todo ello reconociendo como causa inmediata la no aparición, durante más de un mes, de la palabra *nómina* en la tablilla de ensayos.

El empresario, don Facundo Dragoncillo, casi, casi podía pasar por buena persona. Después de retirar diariamente del despacho las primeras cincuenta pesetas que se recaudaban, para los gastos de su casa, era norma constante en él no disponer de un céntimo más, hasta dejar cubiertos todos sus compromisos.

Pero ante la prolongada *indisposición* del público, que parecía no acordarse de que en la ciudad había un teatro, ¿qué iba á hacer el hombre? Bastante sacrificio se imponía, tomando, de algún tiempo á aquella parte, en vez de las cincuenta consabidas, sólo diez ó doce... quince á lo sumo. Bien es verdad que ninguna noche ingresaban más en taquilla.



MARIANO BENLLIURE. — Eminente escultor español.
Fot. Antonio García (Valencia).

Y es el caso que la compañía gustaba, y no poco, á los escasos espectadores que la honraban con su presencia; y que éstos, en el Casino y en sus conversaciones de visita ó paseo, hacíanse lenguas del mérito de la tiple, del inagotable gracejo del tenor cómico, de las facultades del bajo, de la elegancia del barítono y, sobre todo, de la dulcísima voz del tenor Luis Alvarez, verdadera estrella del arte. Pero indudablemente se refería á la población de que hablamos aquel antiguo agente de teatros que cuando se veía importunado por algún cómico hambriento de contrata, le decía, para quitarlo de encima:

—Probablemente irá usted á X. ¡Muy buena tierra! Allí todo el mundo cena guisado y se acuesta á las nueve.

No se ha podido averiguar aún la influencia que cierta clase de platos pueda ejercer sobre las aficiones artísticas del individuo. De todos modos cabe en lo posible que los habitantes de X cenaron cosa distinta de la que les atribuía el agente: pero que se acostaban á las nueve, ó lo parecía al menos, era indudable.

Afortunadamente, todo iba á arreglarse pronto: noches antes, Dragoncillo había convocado y reunido á los artistas después de la función, en el escenario.

—Ya ven ustedes lo que está ocurriendo,—les había dicho.—No hay

medio de seguir aquí hasta Carnaval. He perdido todo mi dinero, y ya hubiera cortado por lo sano, si no considerara más sagrados que los míos propios, los intereses de mis artistas. A fin de defenderlos, he seguido negociaciones con varias empresas, y hoy puedo anunciar á ustedes que he formalizado contrato con los propietarios del teatro de H, donde empezaremos de hoy en quince. La única dificultad consiste en que aquéllos sólo me adelantan la mitad del importe del viaje, y para salir de aquí hay que buscar la otra mitad, y algo más que permita á ustedes desempeñarse y pagar lo que deben. Es preciso, pues, organizar media docena de funciones llamativas, capaces de vencer en lo posible la indiferencia de este público: yo confío á ustedes la confección de los programas, y por mi parte propongo, seguro del resultado, que la última se anuncie á beneficio, (beneficio de nombre), de Alvarez, con la ópera *Marina* y un par de romanzas en los intermedios. Sé de buena tinta que hay verdaderos deseos de oírle en esa obra, y los principales socios del Casino, con quienes he hablado, me responden de que se llenará el teatro. En resumen: unos días más de paciencia, y habremos salido de esta desdichada situación. ¿Están ustedes conformes?

¡Claro que estaban conformes! Hubieran sin duda preferido, á todos los discursos del mundo, cobrar en el acto algo de lo atrasado; pero, á falta de realidades, buenas eran esperanzas; sobre todo tratándose de cómicos, que, dicho sea en su elogio, es la gente más bonachona y sufrida que come pan... cuando lo come.

—Siento no poder aceptar la proposición que se nos hace—dijo de pronto Alvarez, sembrando el pánico y la consternación entre las filas de sus compañeros.—No es que la crea desventajosa para nadie;—continuó—y á no mediar la circunstancia que voy á exponer á la consideración de ustedes, yo sería el primero en aceptarla gustosísimo: pero es el caso que desde hace dos meses tengo, como es de todos sabido, noticias muy tristes acerca de la salud de mi madre. Hoy mismo he tenido carta de mi hermana diciéndome que, aunque no hay peligro inmediato, mi presencia pudiera muy bien influir en el restablecimiento de la pobre vieja, y que debería, aprovechando la primera ocasión oportuna que se presentase, acudir á su lado. Y eso es lo que pienso hacer. Prescindan, pues, de mí en esas seis funciones proyectadas.

—¡Prescindir de usted!—exclamó Dragoncillo.—¡Bonito negocio haríamos con el *Juramento* y *El Diablo en el Poder!* Para ese viaje no necesitábamos alforjas. Si usted se va, careciendo como carezco de recursos para sostener la compañía hasta empezar en H, me verá obligado á decir: señores, ahí queda eso y á Madrid me vuelvo!

A estas palabras siguió un jaleo de dos mil demonios. Todos hablaban á la vez, increpando algunos al empresario, mientras los más se dirigían á Alvarez, tratando de hacerle desistir de sus propósitos.

—¡Hombre, por Dios, no nos dejes en la estacada!
—Seis días se pasan en seguida.
—Si esto se acaba, ¿qué va á ser del pobre coro?
—¿Y de las pobres segundas partes?
—¿Y de las pobres primeras partes... pobres?

Sólo permanecía callado Peláez, el tenor cómico, paisano y amigo entrañable de Alvarez. Juntos, seis años atrás, habían emprendido la accidentada vida del teatro, sin separarse desde entonces; y aún se decía que, tarde ó temprano, la hermana del tenor serio pasaría á ser la esposa del tenor cómico. A estas circunstancias, sin duda, era debido el silencio del segundo, temeroso de influir en la decisión que pudiese tomar el primero.

Y aunque de buena fe entendía no haber ningún mal en que su amigo aplazase por una semana la realización de su natural deseo, se guardaba muy mucho de unir sus súplicas á las de sus compañeros.

Súplicas que no fueron estériles.
—¡Contad conmigo!—dijo, al fin, Alvarez, con voz conmovida,—y no se hable más del asunto. Los que estiméis en algo el sacrificio que hago, rezad un Padre Nuestro por la salud de mi madre, y me habréis pagado con creces.

Los cálculos de Dragoncillo, fundados en las promesas de los socios del Casino, llevaban trazas de realizarse por completo. Tan pronto aparecieron en las esquinas los carteles anunciando el beneficio de Luis Alvarez y la despedida de la compañía, empezó la gente á agolparse junto al despacho de localidades, amenazando—¡dulce amenaza!—agotarlas en breve.

Cierto que las cinco funciones anteriores, á pesar de sus atractivos, se habían hecho en familia, como las demás de la temporada; pero los ingresos de la última prometían ascender á una cifra *fabulosa*; fabulosa en X..., naturalmente.

Peléez, desde las primeras horas de la mañana, se hallaba en el despacho de billetes, ayudando al expendedor, que en su vida se las había visto más gordas, y recreándose ante el espectáculo de aquella multitud que iba dejando allí su dinero. Y entregado á tan agradable tarea, sin sentir cansancio, seguía á las cinco de la tarde, cuando oyó á su espalda estas palabras, pronunciadas por el avisador del teatro:

—Señor Peláez, un telegrama para usted.
—¿Para mí?... ¡Es extraño! Venga—dijo: y tomando el despacho que aquél le presentaba, lo abrió lentamente, como para prolongar ese cosquilleo nervioso que produce la curiosidad cuando vemos llegado el momento de poder satisfacerla.

Y leyó; leyó, pareciéndole que el mundo se le caía encima de repente: «Mamá se muere. Prepare Luis y que venga primer tren.—Dolores...» ¡En el primer tren! Es decir, en el de las ocho y pico de la noche. ¿Y la función anunciada? ¿Y el dinero recaudado? ¿Y las patronas *inglesas*? ¿Y el viaje á H? ¡Preparar á Luis! ¡Vaya un disgustazo!... ¡con lo que quería á su madre! ¡Pobre señora! ¡Y pobre Lolita! ¡tan buenas las dos! ¡qué desgracia!... ¡Y el teatro que iba á estar de bote en bote!... Todas

estas ideas pasaron, atropellándose en revuelta confusión por el cerebro de Peláez, en el brevísimo espacio de un segundo.

No tardó, sin embargo, mucho más en darse cuenta exacta de los sagrados deberes que la amistad le imponía, y, dejando á las personas que le rodeaban haciendo conjeturas y comentarios acerca de la visible impresión que aquel telegrama había causado, salió del despacho á paso ligero, no sin dedicar antes una conmovedora mirada de despedida al repleto cajón de los cuartos.

Fácil le fué dar con Alvarez, sabiendo que aquellas horas de la tarde solía pasarlas en el Casino, donde era muy estimado por su corrección y agradable trato. Más difícil le pareció, ya en presencia suya, hallar manera de comunicarle la triste noticia.

Pero Alvarez, que inmediatamente leyó en la cara de su amigo que algo grave ocurría, salió al encuentro tembloroso y agitado, pudiendo apenas formular estas palabras:

—¿Me traes alguna mala noticia?
—Vamos á la calle, y allí hablaremos,—repuso Peláez, eludiendo la contestación y arrastrándole hacia la puerta.
—¿Acaso es que mi madre?...
—¡Vive, hombre, vive! Serénate y no te asustes. ¡Vamos fuera!—Y cogidos del brazo salieron del Casino, anonadado bajo el peso de lúgubres presentimientos el uno, y considerándose, el otro, en el trance más amargo de su vida.

—¡Vaya un entradón! Está hermoso el teatro. Mire usted, Dragoncillo.—Así dijo la tiple, atisbando por el agujero del telón, y dirigiéndose al empresario que, visiblemente preocupado, se paseaba, allí en el foro, por la playa de Lloret unas veces, y otras con *agua* á la cintura.

—¡Sí, sí; muy hermoso!—contestó maquinalmente el interpelado. Y deteniéndose de pronto, gritó, llamando al segundo apunte:—¡López!

—Mande usted.
—¿Ha venido Alvarez ya?
—No, señor, y son las ocho y media dadas; pero tarda mucho en salir, y creo que podríamos empezar.

—¡No, no!—replicó Dragoncillo.—Hay que aguardarle.—Y emprendió de nuevo sus paseos, esta vez más al foro, y, por lo tanto, ya con el *agua* al cuello. Los empleados de contaduría le habían referido la historia del telegrama recibido por Peláez, y, á su pesar, relacionaba este hecho con la tardanza de Alvarez, presintiendo una catástrofe.

El público, hasta entonces tranquilo, empezó de repente á dar muestras de impaciencia, que, poco á poco, fueron acentuándose. A los diez minutos, el acompasado bastoneo era terrible.

—¿Qué hacemos?—preguntó á Dragoncillo el maestro.
—Baje usted á la orquesta—contestóle aquí desde el fondo del *mar*, donde estaba ya sumergido por completo.—Así se calmará algo esa gente;—pero no empiece usted hasta que se le avise!

Y á la orquesta bajó el hombre, siendo saludado, al sentarse en el sillón, con una grito espantosa; grita que subió de punto al ver los espectadores que no empuñaba desde luego la batuta y que sólo se pretendía ganar tiempo.

La situación empezaba á ser verdaderamente violenta é iba cundiendo cierta alarma entre los artistas, cuando, sudoroso y jadeante, abriéndose paso á empujones, apareció Peláez en el escenario, gritando:

—¡Vestirse para *Las dos Princesas*, y sea lo que Dios quiera!
La confusión que siguió á estas palabras no es para descripta. Dragoncillo, al oír las, salió de entre las olas como un cetáceo perseguido, lanzándose al encuentro del que las había pronunciado.

—¿Y Alvarez?—exclamó con convulso.
—En el tren, camino de su pueblo. ¡La cosa no tenía vuelta de hoja! Voy á ver si lo arreglo. ¡Paso!

Y sin detenerse á dar más explicaciones ni parar mientes en las *picardías* que empezaron á lanzar sobre él sus indignados compañeros, se dirigió á la embocadura, deslízose entre ésta y el telón de boca, avanzó con ademán resuelto hasta las *candilejas* y, aprovechando el profundo silencio que había seguido á su aparición,

—¡Respetable público!—dijo:—Por causas ajenas á la voluntad de la empresa, no puede representarse la función anunciada para esta noche. Luis Alvarez, llamado por su madre que está expirando, se ha visto obligado á partir precipitadamente. Sus últimas palabras, al arrancar el tren, han sido de gratitud inmensa hácia este público, y la promesa que yo, por encargo suyo, trasmito, de venir á cantar en la Catedral una *Salve*, tan pronto deje cumplidos los sagrados deberes que hoy le llaman, como débil compensación á la contrariedad que pueda producir su repentina ausencia. Así, pues, representaremos *Las dos Princesas*, obra en que tanto tengo el honor de distinguirme. Los señores concurrentes que no estén conforme con el cambio, pueden pasar al despacho á recoger el importe de sus localidades. Y si es sensible para el respetable público verse privado de saborear las bellezas de la inmortal *Marina*, no lo es menos para la compañía de que formo parte, tener que prescindir de los ingresos de esta noche, con los que esperaba poder sufragar los gastos de su viaje. Nos queda el recurso de hacerlo á pie; y puedo asegurar al respetable público que no nos embarazará gran cosa el transporte de los equipajes, que habrán de quedarse aquí, como triste recuerdo de unos cómicos tronados. He dicho.

Una nutrida salva de aplausos resonó en el teatro, llevando un rayo de esperanza al angustiado espíritu de artistas y empresario. Este corrió anhelante á contaduría, mientras aquéllos se preparaban para la función, y allí pudo ver su parte de esperanza convertida en realidad: ¡nadie se presentó á reclamar el importe de su billete!

La alegría del peligro vencido y el afán de corresponder á la buena fe de aquel público, estimularon á Peláez y demás compañeros, que, como suele decirse, echaron el resto aquella noche, dando lugar á que ni un solo espectador se arrepintiese de haber presenciado el espectáculo.

Pero es lo que decía, al salir, un socio del Casino, confesando, á pesar de todo, que había pasado muy bien la noche:—Nos ha salido la contraria. Apuntábamos al tenor Alvarez; saltó, y vino... Peláez.

Cinco días después, Alvarez, en cuyos ojos brillaban aún las lágrimas arrancadas á su corazón por la muerte de su madre, cantaba en el venerado templo la prometida *Salve* á la Virgen Patrona de la ciudad, pagando así la deuda de gratitud contraída por sus camaradas, y cautivando

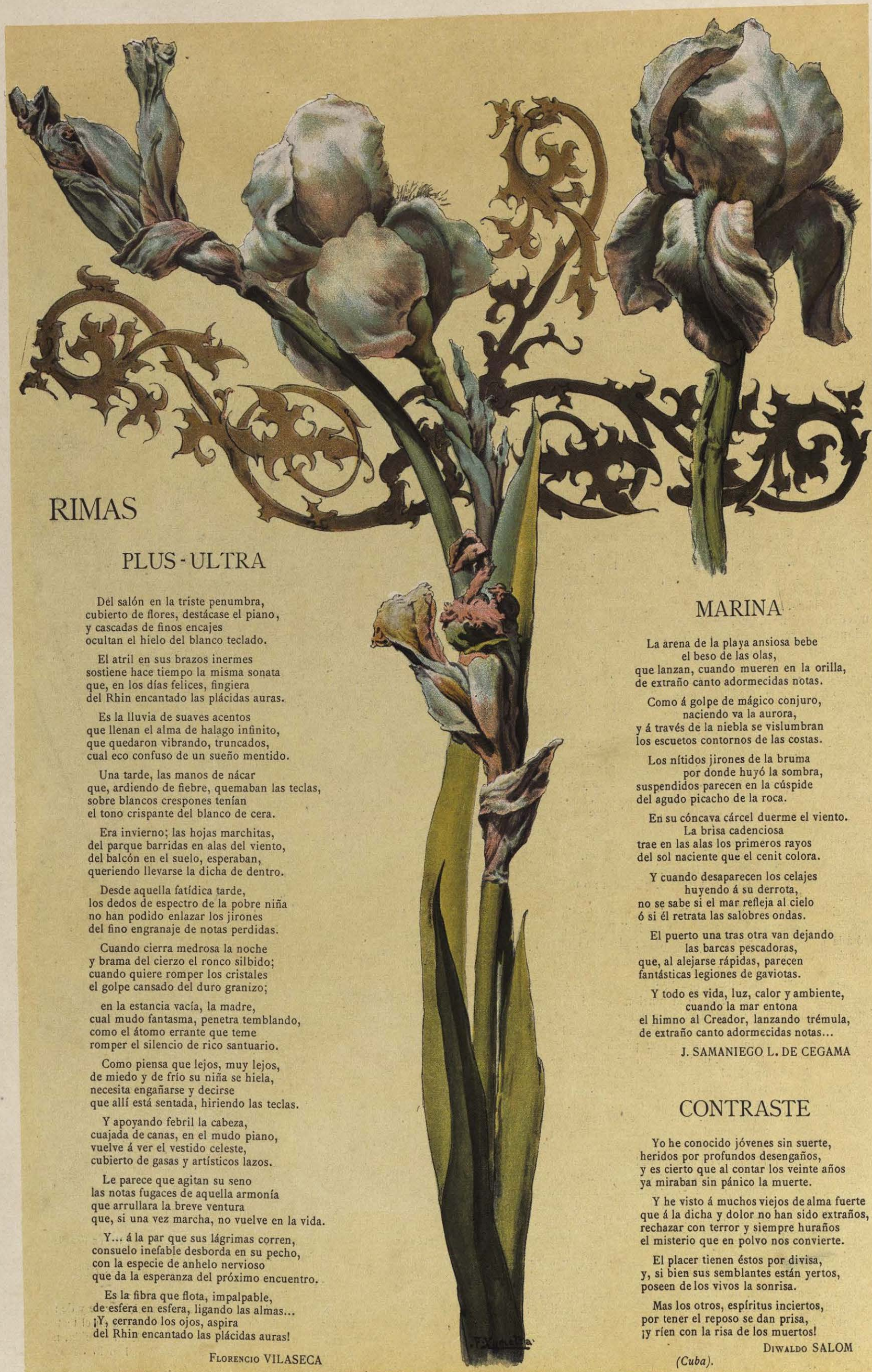


JARRÓN DE MARIANO BENLLIURE REGALADO Á S. M. LA REINA REGENTE DE ESPAÑA POR LA MUNICIPALIDAD DE BUENOS AIRES.

Fotog. Franzen (Madrid).

las almas de cuantos le oían con los tesoros de su exquisito arte y de su voz dulcísima. Y es fama que, desde entonces, cuando actúa en el teatro de X algún artista de mérito, acude todo el mundo á oírle en seguida, no aguardando á la última función, por sí, como decía aquel socio del Casino: «viene la contraria... y aparece Peláez.»

MIGUEL TORMO



RIMAS

PLUS-ULTRA

Del salón en la triste penumbra,
cubierto de flores, destácase el piano,
y cascadas de finos encajes
ocultan el hielo del blanco teclado.

El atril en sus brazos inermes
sostiene hace tiempo la misma sonata
que, en los días felices, fingiera
del Rhin encantado las plácidas auras.

Es la lluvia de suaves acentos
que llenan el alma de halago infinito,
que quedaron vibrando, truncados,
cual eco confuso de un sueño mentido.

Una tarde, las manos de nácar
que, ardiendo de fiebre, quemaban las teclas,
sobre blancos crespones tenían
el tono crispante del blanco de cera.

Era invierno; las hojas marchitas,
del parque barridas en alas del viento,
del balcón en el suelo, esperaban,
queriendo llevarse la dicha de dentro.

Desde aquella fatídica tarde,
los dedos de espectro de la pobre niña
no han podido enlazar los jirones
del fino engranaje de notas perdidas.

Cuando cierra medrosa la noche
y brama del cierzo el ronco silbido;
cuando quiere romper los cristales
el golpe cansado del duro granizo;

en la estancia vacía, la madre,
cual mudo fantasma, penetra temblando,
como el átomo errante que teme
romper el silencio de rico santuario.

Como piensa que lejos, muy lejos,
de miedo y de frío su niña se hiela,
necesita engañarse y decirse
que allí está sentada, hiriendo las teclas.

Y apoyando febril la cabeza,
cujada de canas, en el mudo piano,
vuelve á ver el vestido celeste,
cubierto de gasas y artísticos lazos.

Le parece que agitan su seno
las notas fugaces de aquella armonía
que arrullara la breve ventura
que, si una vez marcha, no vuelve en la vida.

Y... á la par que sus lágrimas corren,
consuelo inefable desborda en su pecho,
con la especie de anhelo nervioso
que da la esperanza del próximo encuentro.

Es la fibra que flota, impalpable,
de esfera en esfera, ligando las almas...
¡Y, cerrando los ojos, aspira
del Rhin encantado las plácidas auras!

FLORENCIO VILASECA

MARINA

La arena de la playa ansiosa bebe
el beso de las olas,
que lanzan, cuando mueren en la orilla,
de extraño canto adormecidas notas.

Como á golpe de mágico conjuro,
naciendo va la aurora,
y á través de la niebla se vislumbran
los escuetos contornos de las costas.

Los nítidos jirones de la bruma
por donde huyó la sombra,
suspendidos parecen en la cúspide
del agudo picacho de la roca.

En su cóncava cárcel duerme el viento.
La brisa cadenciosa
trae en las alas los primeros rayos
del sol naciente que el cenit colora.

Y cuando desaparecen los celajes
huyendo á su derrota,
no se sabe si el mar refleja al cielo
ó si él retrata las salobres ondas.

El puerto una tras otra van dejando
las barcas pescadoras,
que, al alejarse rápidas, parecen
fantásticas legiones de gaviotas.

Y todo es vida, luz, calor y ambiente,
cuando la mar entona
el himno al Creador, lanzando trémula,
de extraño canto adormecidas notas...

J. SAMANIEGO L. DE CEGAMA

CONTRASTE

Yo he conocido jóvenes sin suerte,
heridos por profundos desengaños,
y es cierto que al contar los veinte años
ya miraban sin pánico la muerte.

Y he visto á muchos viejos de alma fuerte
que á la dicha y dolor no han sido extraños,
rechazar con terror y siempre hurraños
el misterio que en polvo nos convierte.

El placer tienen éstos por divisa,
y, si bien sus semblantes están yertos,
poseen de los vivos la sonrisa.

Mas los otros, espíritus inciertos,
por tener el reposo se dan prisa,
¡y rien con la risa de los muertos!

DIWALDO SALOM

(Cuba).

COMPOSICIÓN Y DIBUJO, de FERNANDO XUMETRA.

¿QUIERE USTED SUICIDARSE?

ERAN las tres de la madrugada y Pepe Tormo paseábase por los alrededores del puente de Segovia, con aire meditabundo... De pronto, llamó su atención una sombra indecisa que avanzaba poco á poco por uno de los extremos del puente, con movimientos extraños y como procurando no ser vista. Aquella sombra iba y venía, apareciendo bajo la vacilante claridad de los faroles, hundiéndose en la penumbra incierta...

Pepe Tormo era un bohemio original que vivía eternamente desocupado, un noctámbulo incorregible, para quien era una necesidad agradable la de acostarse cuando todo el mundo se levantaba. Aquella sombra, apenas entrevista, inspiróle viva curiosidad, y en acechar sus movimientos, adivinar sus propósitos y protegerla, si de ello hubiese necesidad, contra ella misma, dedicó la noche. Se aproximó, adoptando un aire indiferente, encendiendo su pipa, y pudo cerciorarse de que la inquieta y misteriosa sombra era una preciosa muchacha de veinte años escasos que, pálida en extremo y acercándose con disimulo al pretil del puente, miraba obstinadamente hacia abajo.

—Ya comprendo,—exclamó Tormo,—he ahí una pobre joven que vaya usted á saber la causal, quiere romperse la cabeza contra el empedrado de la calle de Segovia.

Diciendo así, Pepe la siguió de cerca para cogerla de improviso si acaso ella intentaba salvar de un brinco la barandilla. De pronto, la desconocida, oyendo los pasos del bohemio, volviéndose y dijo bruscamente:

—¿Por qué me sigue usted?

—No se ofenda usted, querida mía,—contestó Pepe, saludándola;—no la sigo, me limito á curiosar lo que va usted á hacer.

—¿Y qué es lo que voy á hacer?

—Sencillamente, largarse á la eternidad. Aquí donde usted me ve, soy un apasionado de este género de espectáculos, y si usted tuviese ya la manía del suicidio, sin duda me hubiese usted visto por aquí en acecho de las infelices que se matan.

—¿Quién ha dicho á usted que quiero matarme?

—¡Oh! esto lo adivina fácilmente, quien, como yo, está habituado á tales escenas. Usted no es una mujer cualquiera, es una obrera honrada, una pobre mujer seducida y abandonada. La pena la tiene á usted abatida, la vergüenza y la miseria la enloquecen, y busca usted el supremo consuelo en la muerte.

—Y bien, sí, todo esto es verdad; y por lo mismo estoy resuelta á matarme,—murmuró la infeliz.

—¡Si tendré yo experiencia!—dijo Pepe, en tono convencido;—la eterna historia que me han contado muchas desgraciadas antes de arrojarle por ahí.

—Pues entonces, retírese usted. Déjeme sola, para terminar mi sacrificio de una vez. Ruego á usted que se vaya y no intente disuadirme.

—¡Yo! Dios no lo quiera. Me paso la noche á lo largo de este puente, en espera de suicidas, de las que recojo los posteros estertores, los últimos gritos de agonía. ¡No será usted tan cruel que me prive de mi única distracción!

—Caballero; cese usted en sus bromas. No es generoso atormentar así ni burlarse de una mujer que sufre.

—¡Pobre niña! Crea usted que no me burlo, se lo juro á usted; lejos de eso, voy á permitirle darme un buen consejo, sugerido por la costumbre que tengo de presenciar estas cosas. Iba usted á precipitarse desde lo

alto de este tramo. Mal hecho. Es un mal tramo éste, da á los jardines y el batacazo no resulta certero; muy al contrario, se rompen los huesos, se desbarata el cuerpo y no se muere hasta el siguiente día, á pesar del estado realmente horroroso que ofrece una persona medio aplastada. ¡Si



NOTA ARTÍSTICA; por JULIO BORRELL.

hubiera usted presenciado la agonía de una pobre muchacha, tan linda como usted, que se suicidó la semana anterior! Fué terrible; estaba desconocida.

La joven escuchaba al bohemio, sugestionada por la imagen de aquella compañera de infortunio; la importunaba la idea de no morir en seguida.

Pepe Tormo continuó, con aire indiferente:

—Mire usted, el tramo central es el mejor para llenar los deseos de usted. El pretil tal vez sea más alto, pero esto no importa; yo la ayudaré á encaramarse. Desde arriba verá usted brillar tersas y limpias las piedras de la calle, que parecerán llamarla. Un movimiento y cataplúm, abajo. Lanzará usted un grito de terror al verse en el vacío. Este grito estridente es el que avisará á los descuidados guardias el salto mortal de un saltimbanqui trágico. Después nada, un golpe seco contra el duro suelo, una cabeza que se abre, la masa encefálica que se esparce...

—Es usted muy cruel!

—¡Yo cruel! ¿Y por qué, pobre niña? Me intereso por usted sencillamente y deseo evitarle faltas por inexperiencia que he observado en otras. Usted viene aquí decidida á morir ¿no es verdad? ¿qué crueldad hay en indicarle los medios de acabar más pronto? Existe cierta ventaja en morir rápidamente, en vez de vivir algunas horas desangrándose sobre la cama de un hospital. ¿Por qué le presto este servicio? Porque me es usted excesivamente simpática desde que la vi; porque adivino en usted un corazón herido y una víctima de nuestra abominable sociedad. Esta simpatía es tan viva que mañana, en que como hoy no tengo grandes cosas que hacer, seré capaz de ir á la sala de disección del hospital y recoger sus restos deshechos y ensangrentados, para sepultarlos debidamente.

—¿A la sala de disección?

—Sí; á la sala de disección. En cuanto el cuerpo de usted sea recogido en una espuerta que sirve para el caso, lo llevarán al Hospital, para que los médicos en ciernes estudien mil detalles de su organismo en su cuerpo seccionado en pedazos. Mi amistad servirá á usted para que las manos de tantos hombres indiferentes no profanen sus restos. Después, ya cuidaré de que los entierren en la fosa común.

—¡En la fosa común!

—Sí, hija mía, porque ignoro su nombre y la dirección de su casa, á menos que le inspire la suficiente confianza para decírmelo antes de brincar á la eternidad...

La joven y hermosa desesperada, al llegar á esta parte de la charla de Pepe Tormo, desmayóse en sus brazos.

Pepe la sostuvo cariñosamente y, llamando á un alquilón que acertó á pasar, depositó su dulce carga en el coche y dió las señas de su casa. Después volviéndose hacia la joven y la besó poquito á poco, sonriendo triunfalmente, y diciéndola queda, muy quedamente:

—¿Quiere usted suicidarse?



NOTA ARTÍSTICA; por JULIO BORRELL.

ENRIQUE BAYONA